

RESEÑA

Título: EL FIN DE MUCHAS COSAS

Autor: Juanjo Cortés

Edita: Buenas Costumbres Ediciones. Cáceres, 2021

Publica Juanjo Cortés “El fin de muchas cosas”, poemario original en el que el autor traslada su faceta de músico a la escritura. De la misma manera que, cuando Juanjo Cortés canta, compone tanto su música como sus letras y se acompaña con su propia guitarra, ahora no sólo es el autor de la colección de poemas, sino que, además, ha escrito los textos de las solapas y de la contracubierta del libro, y él mismo ha procedido a la publicación de la obra. Hasta tal punto se siente responsable de lo publicado, que pide disculpas por encabezar algunos poemas con citas de otros autores (fundamentalmente Cortázar y Dostoievski): “Sí, las citas son huellas ajenas, pasos que ya dieron otros, pero pueden tener sonidos o ecos atrayentes anuncios de la dirección a seguir o, absolutamente, para no seguir”. Al igual que con frecuencia acompañan a Juanjo Cortés músicos amigos en el escenario, aquí la maquetación y el diseño son de Ángel Barrena, quien ya colaboró con él en “Tuétano, 45 canciones”. Completan el libro las ilustraciones de Manu Pomet, que realiza una primera lectura visual de la obra muy sugerente y acorde con el tono y contenido de las composiciones que ilustra.



Independientemente de que veamos a Juanjo Cortés como un músico que escribe poesía o como un poeta que pone música a sus composiciones, encontramos en el

autor la pasión por comunicar y por comunicarse: “Los humanos somos ovillos de lana, vivimos en vela. El hilo de un extremo, siempre alerta, se dirige como dardo espoleado por la prisa sin saber dónde ir”. Frente a esa búsqueda incesante de un objetivo, de un destino exterior, en el interior “viven la casa y la madre; el pasado y el lecho; los cuentos y el huerto.” Dos mundos bien delimitados: uno exterior, ajeno y otro interior, propio. Entre ellos, buscando una grieta que sirva de punto de contacto, la poesía.

En el mundo exterior que el poeta describe, encuentra dos realidades: la primera no le interesa, como aparece en “Tiempo de espera”: “Tiempo de espejismos, desarraigo, tiempo de imitadores y tejidos falsos”. Es una realidad en la que el comercio y el dinero son capaces de pudrir todo lo que tocan, incluso el dolor de los demás, con el que se puede comerciar y al que es posible transformar en un bien de consumo, susceptible de ser vendido. Esto ocurre en “Aún no”, composición en la que el poeta anuncia una canción que aún no ha escrito nadie, que habla de la guerra, ejemplificada en las imágenes de explosiones, de gente llena de barro seco, de gente que viene huyendo del conflicto, de casas aplastadas. Esa gente no tiene brillo, ni belleza, pero su música nos llega y alguien estará pensando en sacar dinero de ella. Mirada triste y desengañada hacia el presente, en el que todo (la fiesta, la tristeza, la muerte, el recuerdo) se transforma en una ocasión para vender y comprar.

Una segunda realidad está ocupada por las relaciones puras, no contaminadas, que pueden ser disfrutadas de forma gozosa. Estas relaciones se establecen en dos ámbitos. El primero es permanente y seguro. Es el sentido de la amistad: “La fiesta es tener amigos y celebrar con vino”. El segundo es el del viaje, entendido como un espacio de felicidad y de liberación. Estos viajes son como destellos en un presente monótono. El poeta se lanza hacia ellos y los vive intensamente “porque el viaje significa construir lo posible, descifrar lo que se ignora, abandonarse como junco al viento, ser la vibración en el cuenco.” No busca el poeta la aventura, ni la huida definitiva hacia un paisaje distinto, pues todos los paisajes son cotidianos para aquellos que los habitan. En el viaje está la comunicación, la fiesta, la posibilidad de descubrir la mirada del otro. La celebración puede darse en una excursión con amigos en un barco fluvial: “La naturValeza apabulla, regresamos desahormados, ebrios de humanidad y agradecidos”, o en un día de playa “una sonrisa gigantesca como la orilla, eso somos en las playas”. Los viajes permiten participar de situaciones gozosas, aunque pasajeras: “llega la hora de recoger el sueño y vestirse, guardar toallas y sombrillas, tapar las piernas, esconder la risa. El sol se cansa. Regresamos a la cueva, sola queda la naturaleza, despobladas las orillas, las olas huérfanas. Domingo de playa, salvaje cita: hasta la próxima semana.” Viajes y amigos, que sirven para dar continuidad a la voz cambiante del poeta: “Quiero convocaros, solo a vosotros, para que pronunciéis mi nombre nuevo y me rehagáis. Una vez más”.

Otro tema central en el libro es determinar el lugar que ocupa la poesía en la existencia y definir qué valor y qué función tiene en la vida. En “El fin de muchas cosas” se nos muestra la poesía como una grieta en el espacio, a través de la cual el interior del poeta y el mundo exterior pueden comunicarse. Esta imagen aparece en el libro de

formas diversas: unas veces es un hueco que deja pasar el sol de la tarde e ilumina de una forma nueva un paraje conocido: “Ese momento de luz y sombra como una línea dorada penetrando sin permiso en la estancia a esa hora, abrió una puerta inadvertida”, o un lugar “por donde el mundo se asoma, se enciende la luz y se cuelan las sombras, la puerta se abre y la vida comienza.” También es una grieta la que señala la aparición de ciertos signos que marcan “el fin de muchas cosas”. Es el caso de los dolores de la madurez, que aparecen como “la fisura de los grandes males o de las dolencias crónicas” y a los que el poeta debe nombrar, pues su labor es dar nombre a las cosas y a los hechos nuevos, no a lo que ya existe “no de las cosas ya nombradas, sino de lo que circunda y sucede”. Ahí busca el poeta la grieta para introducir el estilete de la poesía.

Un segundo valor de la poesía es permitir la comunicación en el tiempo. El título de la obra nos remite a aquello que ha acabado o que está a punto de acabar. Aparece, tema recurrente en la historia de la literatura, la evocación del pasado, en el que el poeta ve un lugar de libertad y de amigos: “nos sentíamos muy ricos porque la vida nos regalaba milagros continuamente”, sobre el que el tiempo ha dejado su huella: “algunos rótulos olvidados en las fachadas sobrevivían amigablemente cubiertos de polvo y telarañas.” “El barrio donde me crié se me antojaba inmenso hasta que he vuelto a atravesarlo hace poco, y he comprobado que mi ojo lo ha encogido”.

En este caso no se trata sólo de evocar el pasado, ni de lanzar una mirada ensoñada sobre un paraíso perdido, pues en “El fin de muchas cosas” la labor del poeta es la del cronista que escribe sobre aquello que el tiempo se lleva y que él entreteje en sus versos por medio del recuerdo, para dejar constancia. La labor del cronista es doblemente necesaria. En unos casos porque forma parte de una experiencia puramente privada: “ya se acerca la barca, el olor a cieno recobra frescura; a orillas de la charca, tu padre te llama mientras prepara la red.” En otras ocasiones el poeta se fija en aquello que es frágil de por sí, o en lo que tiene un soporte frágil, o en aquello que ha sido abandonado de forma accidental “Ideas, sueños, esperanzas, alguna pregunta, documentos, recuerdos manuscritos, tanta duda, depositadas sobre mesas, sillas, y otros insospechados huecos.” Parece imposible que perduren, pues todas serán devoradas por “la pira más voraz y destructiva: el olvido”.

Frágil es esta obra, como lo son casi todas las “ediciones del autor” pues no se difunden con facilidad, menos aún si se trata de poesía. Sirva la presente reseña para dejar constancia de este grito creador.

Alfonso Pomet Correa